



UNIVERSIDAD
PABLO DE OLAVIDE
SEVILLA

Lección Inaugural
Curso 2002-2003

***Mitos y ritos de la vejez
consecuencias sociales del envejecimiento
en las sociedades contemporáneas***



**Por el Profesor Dr. D. José Luis Malagón Bernal
Catedrático E.U. de Pedagogía Social
Universidad Pablo de Olavide**

UNIVERSIDAD PABLO DE OLAVIDE SEVILLA

**MITOS Y RITOS DE LA VEJEZ
CONSECUENCIAS SOCIALES DEL ENVEJECIMIENTO
EN LAS SOCIEDADES CONTEMPORÁNEAS**

Prof. Dr. José Luis Malagón Bernal
Catedrático E.U. de Pedagogía Social
Universidad Pablo de Olavide

PREÁMBULO

Excma. Sra. Rectora Magnífica de la Universidad Pablo de Olavide,
Excmas. e Ilmas. Autoridades civiles y académicas,
Compañeros y compañeras, alumnado, señoras y señores:

Constituye un gran honor para todo profesor universitario dictar la lección inaugural de la apertura del curso académico. Es un privilegio que no a todos nos llega, pero que gracias a la juventud, no del que os habla, sino a la de esta Universidad, la que ha hecho posible que así sea. Desde esta posición inmerecida voy a compartir con ustedes una serie de ideas sobre las personas mayores. La vejez constituye la última etapa del ciclo vital por el que transcurre el devenir de los seres humanos. En esta fase de la vida aparecen modificaciones biológicas, psicológicas, sociales y culturales que la caracterizan. Del estudio del envejecimiento se ocupa la gerontología, pero este saber no constituye una disciplina en sí mismo, sino que está configurado por un conjunto de saberes. De ahí que abordemos el envejecimiento desde un enfoque interdisciplinar, recurriendo a la historia, la antropología y al trabajo social, fundamentalmente, con la esperanza de que os interese pues se trata de un fenómeno social que, de una u otra manera, a todos nos atañe.

Permítanme, como colofón del preámbulo, agradecerles su asistencia y atención.

1.- PROCESO HISTÓRICO DE LA VEJEZ

La descripción y el análisis del proceso de la vejez a través de la historia permite conocer el trato real que le daban a los ancianos en las diversas culturas y sociedades, aunque estudiar las condiciones de las personas mayores en las diversas épocas no es tarea fácil, ya que las fuentes de las que se disponen rara vez aluden a ella de forma directa. Sin embargo, estamos convencidos de realizar el esfuerzo, ya que una inmersión en las diversas visiones y metáforas que de la vejez se han dado en el pasado nos va a ayudar a entender mejor la visión del presente. En el recorrido histórico del envejecimiento intentamos -aparte de describir la situación social de los mayores-, desvelar una serie de mitos, ritos y estereotipos relacionados con esta etapa del ciclo vital. Cuando hablamos de mito lo hacemos en el sentido levi-straussiano del término, que hace referencia a acontecimientos pasados hace ya mucho tiempo. De ahí que la narración mítica contenga una fuerte carga de sacralidad. Ahora bien, el mito está en relación directa con la vida real de las personas. Tal como señala Malinowski (1963), el mito no es un simple relato, sino una realidad viviente. No es, pues, un símbolo, sino una realidad que responde a profundas necesidades, ejerciendo una función social. Los mitos suelen ir acompañados de ritos en lo que a la vejez se refiere. Marcel Mauss (1970) entiende por ritos aquellos actos tradicionales realizados por la colectividad o por una autoridad. El rito sí posee un carácter simbólico, pero sanciona y legitima de forma sacral las relaciones internalizadas en la vida cotidiana. Más ello no quiere decir que exista una “cultura de la vejez”, pues somos conscientes del problema teórico que supone establece una cultura a partir de la variable edad, pero la descripción y el análisis del proceso de la vejez en distintas culturas y etapas históricas nos va a permitir conocer, aunque sea de modo somero, el trato dado a los ancianos y el papel que éstos jugaban en las organizaciones socioculturales.

1.1.- La vejez en las organizaciones preindustriales

Si acudimos a los datos que la etnología nos ofrece, se desmiente la visión idealista que preconiza que los ancianos en las sociedades preindustriales eran objeto de gran respeto y veneración. En algunas ocasiones sí, pero en otras, no. El poder de los viejos -de todos los viejos- por

el hecho de serlo hay que ponerlo en entredicho. El lugar que han ocupado en la sociedad ha variado de un pueblo a otro, según las circunstancias económicas dominantes y la organización sociocultural.

En el libro que Simone de Beauvoir ha escrito sobre la vejez podemos leer que toda sociedad tiende a vivir exaltando las características propias de la juventud, como es el vigor y la fecundidad. Sin embargo, se le teme al desgaste, decrepitud y esterilidad de la vejez (Beauvoir, 1983:51). Es interesante a este respecto el relato que nos hace Frazer, acudiendo a la magia y la mitología, sobre el sacerdote de Diana en Nemi o rey del bosque, el cual tenía que dar muerte a su predecesor antes de que apareciera la decrepitud y no pueda proteger a la comunidad. Esto ocurría no sólo entre los chilluk del Sudán, una de las organizaciones en la que el poder y lo sagrado llegaron a identificarse (Frazer, 1991:31), sino también en otros muchos lugares, pues la simbiosis entre realeza y religión fue práctica común tanto en ciudades del Lacio de la antigua Italia como en ciudades griegas. En la mayor de las islas Viti (Fidji) tiene lugar también esta práctica (Frazer, 1991:779 y Beauvoir, 1983:52). No obstante, Evans-Pritchard discrepa de la interpretación que hace Frazer, ya que “la proposición chilluk de que los reyes deben ser muertos cuando se hacen viejos o se ponen enfermos se explica si se pone en relación con la estructura política” (Evans-Pritchard, en Llobera, 1979:312). Es decir, que el asesinato del rey-sacerdote ocurre no sólo porque ha perdido el vigor físico, sino que tiene lugar una rebelión por parte de algunos descontentos porque habían entrado en crisis algunos valores de la propia realeza para hacer volver a ésta a la más pura ortodoxia. La explicación de Evans-Pritchard es más compleja que la de Frazer, pero no la desmiente. El debilitamiento no está directamente unido al envejecimiento, éste puede alegarse para justificar la rebelión cuya posibilidad está prevista en la organización social. En ambas tesis la vejez está marcada por un signo negativo (Beauvoir, 1983:52).

Es interesante hacer un intento de sistematización de la imagen existente de la vejez según las diversas organizaciones sociales de la literatura etnológica. La primera aproximación la hacemos acudiendo a las organizaciones de bandas, las cuales se caracterizan por la movilidad geográfica según las estaciones, por carecer de estructura centralizadas de autoridad y poseer una economía cazadora-recolectora. El tipo de liderazgo en el sistema de bandas es de carácter informal y provisional, con una estratificación social igualitaria y con un escaso sentido de la propiedad

privada (Lewellen, 1985:19). Un ejemplo lo tenemos en los bosquimanos de Africa del Sur. Entre sus miembros se establece una relación de respeto de los hijos hacia los padres, sin embargo la autoridad del padre es mayor que la de la madre, sin llegar a ser dura y dominante. Mientras vive, es el padre simbólicamente el cabeza de familia. Sigue ejerciendo la autoridad aunque deje de cazar, si aún es una persona fuerte (Marschall, en Llobera, 1979:168). Ahora bien, cuando el cabeza de familia se decrépita, existía la costumbre de llevar a los viejos a una choza, construida a propósito, y allí los abandonan hasta la muerte, no sin antes dejarle agua y algunos alimentos (Sánchez Caro, 1982:9)

Otro ejemplo de organización en banda lo constituyen los sirono, que viven en la selva boliviana. La sociedad sirono carece de organización social y de agentes sociales de control. Practican un extremado individualismo y la reciprocidad casi siempre es forzada cuando no hostil. No hay grupos rígidos de edad, aunque se reconocen las categorías de infancia, adolescencia, edad adulta y vejez. Se le teme al envejecimiento por lo que son continuas las sangrías para rejuvenecer quitándole la sangre vieja. El cambio más notable ocurre entre la adolescencia y el estado adulto, las demás transiciones son más graduales y no se señalan con ceremonias (Holmberg, en Llobera, 1979:176). Como quiera que los recursos son escasos, se pelean por los alimentos y, aunque el robo se desconoce, se lo suelen robar por las noches, especialmente por parte de los ancianos. Al ser seminómadas tienen que desplazarse, por lo que los ancianos son un impedimento grave. Cuenta Holmberg que la víspera de un desplazamiento colectivo le llamó la atención una mujer vieja y enferma que estaba en una hamaca, le preguntó al hijo que iba a hacer con ella y dijo que la dejaría morir.

También los esquimales viven una existencia precaria entre el “mar y la tierra, el invierno y el verano; a ello debe adaptarse la lucha por la vida” (Birk-Smith, 1983:91). De ahí que los hijos pidieran a los padres que se quedaran a la intemperie por la noche esperando la muerte. Hoy estas costumbres han cambiado, ya que el gobierno canadiense tiene establecidas prestaciones económicas para los esquimales ancianos.

La organización tribal, al igual que la banda, es un sistema no centralizado, cuyo tipo de subsistencia es la horticultura y el pastoreo. Aparece el cabecilla carismático sin poder, pero con cierta autoridad en la toma colectiva de decisiones. La propiedad de la tierra es comunal y existe un

cierto desarrollo en el intercambio comercial. Carecen de jerarquía religiosa de carácter profesional, pero en los grupos unilineales la estratificación ritual adquiere gran importancia como instrumento integrador, existiendo en algunas tribus el consejo de ancianos, encargado de tomar las decisiones públicas (Lewellen, 1983:27).

Como ejemplo de organización tribal podemos referirnos a los konkomba, que viven en la parte septentrional del Togo. Son principalmente cultivadores de grano, aunque tienen también algún ganado que suele ser apacentado por los niños. La unidad más importante de su sistema sociopolítico es el clan. El clan se halla segmentado en linajes, consistente en una estructura genealógica que alcanza unas cinco generaciones. Al frente de cada linaje existe un anciano, el hombre más viejo del linaje. El más viejo entre los jefes de los linajes es considerado como el anciano del clan. Los dos linajes principales que componen los clanes están contrapuestos, lo que supone una división de funciones rituales. Por una parte está el Propietario de la Tierra y por otra el Pueblo del Anciano, que es el más viejo. En cuanto a lo que al control social se refiere, el papel del anciano está en hacer cumplir las normas establecidas por la costumbre. Realmente no tiene poder para obligar a ejecutar, pero sí puede pronunciarse sobre lo justo o injusto en cada caso. Su poder es sobre todo ritual y moral (Tait, en Llobera, 1979: 185-198).

Otro ejemplo de organización tribal lo constituyen los tiv de Nigeria. Aquí los viejos gozaron de ciertos privilegios, pero de hecho sólo ocurría así si conservaban sus aptitudes. El jefe de la comunidad era el más viejo, pero si reúne las condiciones necesarias. Cuando pierden sus fuerzas y facultades se retiran de la vida social y a veces termina suicidándose (Beauvoir, 1983:85).

Los sistemas sociopolíticos centralizados son aquellos que el poder es ejercido por una persona o grupo. Estas sociedades están más densamente pobladas, están estratificadas en rangos o clases, utilizan una tecnología productiva y su economía está basada en una redistribución centralizada. Primero aparecen las jefaturas y luego se transforman en estados.

Las jefaturas son organizaciones que poseen una cierta complejidad, con una productividad más eficaz que trae consigo una concentración mayor de población y una autoridad centralizada con cierto grado de poder coercitivo. Los modelos más característicos de sistemas de jefaturas se han

dado en las culturas polinésicas. La organización social de Polinesia, es de forma piramidal. Las unidades más pequeñas se van integrando en unidades mayores por medio de un sistema de jerarquía entre grupos, ofreciendo una extensa pirámide de grupos, coronados por la familia, bajo la autoridad de un jefe máximo. El rasgo más distintivo de la organización social polinésica es el de la jerarquía genealógica, en el sentido de que los miembros de la misma unidad de descendencia vienen determinada por la distancia genealógica al antepasado común, de esta forma las líneas del mismo grupo se convierten en dos ramas: rama de jóvenes y rama de ancianos (Sahlins, en Llobera, 1979:267-288)

A pesar de que el estudio y descripción etnográfica que hace Firth (1971) de Polinesia -Tikopia- no se corresponde con la organización social más avanzada, sin embargo, se desprende que en términos generales la actuación de los jefes en materia económica y política era compartida por los miembros ancianos de los linajes principales.

La aparición del estado como forma de organización política y social supone la existencia de control ya que existe una fuerza coercitiva al servicio de un grupo de personas legitimadas para hacer uso de ella. Los estados constituyen sociedades amplias y complejas, con la existencia en su seno de verdaderas clases sociales. Para mantener su funcionamiento necesita de una organización burocrática, así como de una legislación básica que permite la imposición de la norma incluso con sanciones físicas cuando es incumplida. Ello supone un cambio en el status del anciano, pues mientras que en las sociedades de pequeño tamaño el anciano posee una considerable influencia más allá de la familia inmediata, en una sociedad compleja esta función queda más difuminada.

Los estados prístinos o primarios se desarrollaron en Mesopotamia, Egipto, India, China, Mesoamérica y Perú. El documento épico más antiguo conocido en nuestros días probablemente sea el de Gilgamesh, encontrado en Mesopotamia. Es un poema que nos descubre las acciones heroicas de este rey y donde podemos encontrar la descripción de normas y costumbres sociales. Contiene algunas indicaciones sobre la estructura social de aquella época semi-legendaria: “la asamblea de los ancianos de la ciudad de Uruk discute sobre una declaración de guerra, pronunciándose en contra de ésta, mientras que “la asamblea de los hombres capaces de llevar armas” aprueba los planes guerreros de Gilgamesh” (Klima, 1983: 231-254). Si consideramos

la epopeya de Gilgamesh como expresión de la cultura de Mesopotamia, no cabe duda de que la asamblea de ancianos refleja dotes de prudencia y pacifismo, pero mucho nos tememos que la propuesta que prosperara fuese la de los hombres guerreros, a la cual pertenecía el propio rey. Sin embargo, este legendario rey-guerrero se obsesionó con la idea de hacerse viejo y morir. En vista de lo cual partió en busca de la eterna juventud. Para ello tenía que llegar al fondo del mar y coger una planta que le rejuvenecía. Consiguió su propósito, pero a la vuelta se bañó en un estanque y mientras se bañaba una serpiente se tragó la planta rejuvenecedora -lo que, por otra parte, nos pone de manifiesto que el Paraíso Terrenal no fue el único lugar donde una serpiente perjudicó a la humanidad-. Este poema mítico nos ilustra sobre la realidad de la vejez, que no era otra que un rechazo social (Barash, 1986:16).

El imperio incaico es un modelo de organización estatal totalitaria. La población se hallaba dividida en dos grandes estamentos: la nobleza gobernante y la gente común. El estamento gobernante comprendía el grupo étnico inca y los señores locales o curacas. Los incas incluían a los miembros de los linajes reales o panacas, que eran descendientes directos de los emperadores, es decir, la aristocracia incaica, más los llamados incas por privilegio, constituidos por la población inca original y grupos afines. Toda la población del imperio se clasificaba en distintas categorías: los jóvenes de 16 a 25 años ayudaban a sus parientes en tareas como el transporte; los hombres de 25 a 50 trabajaban en el cultivo y las obras públicas y servían como guerreros; los hombres de 50 a 60 trabajaban en los cocales y en los huertos; los mayores de 60 servían como consejeros de los jefes (Carrasco, 1985: 113). Los incas tenían una organización social notablemente desarrollada donde cada miembro tenía un papel que cumplir, como acabamos de decir, incluso las mujeres ancianas ejercían la función de comadronas. Se llegó a crear un tributo especial destinado a atender a las personas discapacitadas. Si bien, muchas de las bondades del sistema incaico son puestas en cuestión, ya que son conocidas a través del cronista Garcilaso de la Vega, descendiente de los incas, pero que en absoluto existió ese paraíso para la vejez.

A pesar de las abundantes descripciones de la extinción gradual de los viejos, es muy difícil generalizar en este tema. Pionero en dotar de cierta sistematización el estudio de la vejez fue el antropólogo Leo Simmons en su obra *The role of the aged in primitive society* (New Haven, Yale University Press, 1945). En este libro, Simmons no sólo recopila un conjunto impresionante de descripciones etnográficas, sino que también busca

establecer relaciones entre cientos de sociedades en cuanto al trato dado a los ancianos. Contaba que el trato dado a los viejos en las diversas culturas variaba desde las alturas del homenaje a las profundidades de la degradación. En diversas circunstancias, y con frecuencia totalmente fuera del control personal, una persona mayor enfrentada con la muerte podría ser marginada, abandonada, expulsada o asesinada por sus parientes más cercanos o, por le contrario, ser protegida y cuidada por ellos hasta el mismo momento de expirar. A la hora de la muerte, los viejos podían ser temidos o amados, despreciados u honrados, ultrajados o incluso venerados. Y ellos, a su vez, podían negar la muerte como necesidad natural, resistirla como una maldición, someterse a ella como a la mano del destino, abrazarla como adorada oportunidad o incluso solicitarla como un derecho. Según señala la profesora San Román, Simmons a través de su investigación obtuvo 112 rasgos que respondían significativamente y podían caracterizar las distintas posiciones de los ancianos en diferentes sociedades. En su trabajo nos dice que existe una relación fuertemente significativa entre el tipo de filiación matrilineal y el respeto por las mujeres ancianas en su comunidad, mientras que hay otra relación significativa entre el respeto por los hombres ancianos y el hecho de que la herencia discurra patrilinealmente entre generaciones.

Haciendo una relectura de los datos aportados por Simmons, Teresa San Román parte de que la posición de los ancianos en las diversas culturas no es debido a la variable edad, sino que depende de las condiciones generales de la sociedad y que, por tanto, afecta por igual a todas las categorías de personas que tienen algún impedimento físico o psíquico que le imposibilita a alcanzar los objetivos del grupo. Así en las sociedades de economía recolectora la práctica de compartir el alimento y el conjunto de bienes de subsistencia, favorecen la integración del anciano en la comunidad. Ahora bien, cuando los intereses del anciano se oponen a los de la banda, se apela a su eliminación o abandono. En las economías cazadoras las gentes son menos solidarias, y la persona que llega a viejo suele perecer por abandono. En los pueblos dedicados al pastoreo tampoco los ancianos pueden esperar ayuda, siendo también frecuente la práctica de abandono, homicidio o incitación al suicidio (San Román, 1990: 17 - 42)

Antes de entrar en el análisis de la vejez en el llamado mundo occidental, vamos a hacer referencia a China, dado que se habla de este inmenso país asiático como de uno que mejor trato ha dispensado a los ancianos. China -también Japón- tiene como característica cultural

importante la reverencia a los antepasados y, puesto que mientras más vieja es una persona más cerca está de convertirse en antepasado, también la edad recibe reverencia. Unido a que la unión de la edad con la sabiduría está muy arraigada en las culturas orientales. Fue Confucio quien reglamentó las relaciones de la colectividad, tomando como base a la familia. La familia tradicional china era patriarcal, patrilineal, patrilocal y monogámica. La sociedad china tradicional estaba rígidamente estructurada sobre criterios adscriptivos de sexo y edad. Toda la familia debía obediencia al hombre de más edad. No se puede decir lo mismo de la mujer, la cual debía obediencia absoluta al marido. Aunque la mujer estaba duramente oprimida, aprovechaba la promoción debida a la edad, ya que al llegar a vieja su status era más elevado que el de los jóvenes de ambos sexos (Beauvoir, 1983:110). Además del confucionismo, la otra gran religión china fue el taoísmo, fundada en la doctrina de Lao-Sé, que significa viejo maestro. Por tanto, los hombres santos del taoísmo son viejos. Cuenta la leyenda que el propio Lao-Sé nació ya viejo y sabio, con barba blanca y cabeza calva. Si bien, la China tradicional era buena para los ancianos, era la generación más joven quien pagaba las consecuencias de tanta rigidez, que a muchos jóvenes les conducía a la desesperación y al suicidio, ya que los viejos controlaban la vida de los jóvenes, desde los casamientos concertados hasta la organización de las tareas domésticas. La caída del imperio manchú significó un giro en la orientación histórica del país y un gran esfuerzo para configurar una sociedad de tipo moderno. En la búsqueda de esa nueva sociedad pronto se consideró la necesidad de un nuevo tipo de familia, buscándose inspiración legislativa en los modelos de diversos países occidentales. Pero fue la revolución maoísta quien rompe con la China antigua. Ciertos aspectos de esta revolución constituyeron un avance y un ataque directo contra los viejos. Los jóvenes guardias rojos se convirtieron en el símbolo de una revolución juvenil. Hoy día, los viejos predominan en la jefatura política china, aunque la posición de los ancianos en los asuntos familiares cotidianos sigue siendo un misterio (Barash, 1986: 209-211).

De los datos procedentes de la etnología en relación con las sociedades preindustriales -en la que damos por supuesto que no hemos agotado el tema- se desprende que el trato dado a los ancianos en los distintos tipos de organización social no es homogéneo, sino que depende de múltiples factores, entre los cuales destaca el factor económico. Aquellos pueblos con recursos abundantes suelen tratar bien a los ancianos, mientras que cuando los recursos son escasos, el trato dispensado dejaba mucho que desear,

apareciendo incluso la práctica del senilicidio. Sin embargo, existen excepciones a esta regla, por lo que podemos concluir diciendo que la única ley universal existente es que no encontramos una regla general sobre el trato dado a las personas ancianas en las diversas sociedades.

1.2.- La vejez en la antigüedad clásica

En la literatura de la antigua Grecia nos vamos a encontrar con datos suficientes sobre la concepción de la vejez. En la mitología hay una visión bastante certera sobre la misma, representada en la leyenda de Titón. El dios Zeus se reveló contra Cronos, su padre, el cual se comía a sus hijos. Se refleja a nivel simbólico una lucha generacional. En otro pasaje Titón fue favorecido por Zeus con la vida eterna, gracias a la intervención de su amante Aurora, pero se le olvidó pedirle la juventud eterna, por lo que Titón empezó a envejecer, siendo desgraciado. Todo lo cual nos viene a confirmar que incluso es rechazado el vivir eternamente, si no se posee la juventud.

Para la mitología griega el origen de la humanidad está en las edades del hombre. Desde el punto de vista de la mitología, el hombre procede de la unión sexual de dioses y diosas, cuyos descendientes irán poco a poco degenerando hasta convertirse en mortales y muere de vejez. Mezclado con el mito de las edades, cuyo significado de degeneración moral es evidente, aparece la vejez unida a la inmoralidad y por tanto destinada a la extinción.

Como podemos apreciar los dioses del Olimpo no aman a los viejos. En cada generación los ancianos son destronados por sus propios hijos. Sobre esta base los poetas posteriores no tuvieron más que acudir al caudal mitológico ya existente y exponer los viejos mitos con un nuevo lenguaje menos sacralizado y más asequible. El profundo conocimiento mítico demostrado por los más destacados autores griegos, ha ejercido una gran influencia posterior. Así nos encontramos gran número de mitos de indudable influencia en la civilización que, creada por Grecia y difundida por Roma, está vigente en Occidente.

Platón y Aristóteles adoptan una postura radicalmente opuesta sobre la vejez. Platón fue el primer abogado de la defensa, en tanto que Aristóteles se encargaba de la acusación. El anciano que le sirve de modelo a Platón es Céfalo, rico comerciante del Pireo que vive en condiciones ideales: robusto,

cultivado y goza de un alto nivel de vida. Sus fuerzas físicas disminuyen, pero la conversación que entabla con Sócrates en la República gira en torno a la vejez. La transformación de los jardines de Adonis en jardines de las letras deja ver la variante de la vejez. Para Aristóteles la vejez ni es garantía de sabiduría ni de capacidad política. Al contrario de Platón, para quien las cualidades espirituales se benefician del debilitamiento de los sentidos, que libera al hombre de la esclavitud de las pasiones, Aristóteles insiste en que por la unión del alma y el cuerpo la decrepitud de uno alcanza indefectiblemente a la otra. En la Retórica, Aristóteles traza un retrato del anciano como un ser repelente, cuajado de todos los defectos: timoratos, indecisos, desconfiados, mezquinos, temerosos, cobardes, egoístas, pesimistas, charlatanes, avaros, melancólicos, etc. Este encarnizamiento excesivo puede ser sospechoso. No es anecdótico que Platón hubiese escrito las Leyes a la edad de ochenta años, mientras que Aristóteles apenas tenía cincuenta años cuando habla de la vejez. Por otra parte, Platón habla desde el punto de vista ideal, mientras que Aristóteles sólo describe lo que ve y oye y la realidad es claramente desfavorable para los ancianos.

Aunque la vejez es considerada una tara y es censurada, sin embargo es en Grecia donde por primera vez se establecen instituciones caritativas destinadas al cuidado de los ancianos necesitados. En Atenas se repartían comidas gratuitas a los ciudadanos viejos que habían servido al Estado. Pero la gran excepción del mundo griego en relación con el papel de los ancianos, la constituye Esparta. Es sabido que en Esparta era honrada la vejez. Los hombres libres de sus obligaciones militares a partir de los 60 años, seguían conservando su status, sobre todo los grandes propietarios, que no ocurría así con los no-ciudadanos como los iliotas y periecos. Los ancianos pudientes formaban parte de la Gerusia, órgano compuesto por treinta ancianos elegidos de por vida, por aclamación, entre los ciudadanos de más de sesenta años. Este consejo de ancianos dirige la política y posee un poder real en la sociedad espartana.

En Atenas, al comienzo del siglo IV, las leyes de Solón dieron todo el poder a las gentes de edad. El areópago, que gobernaba los asuntos públicos estaba compuesto por ancianos arcontes. Esta situación duró mientras que el régimen fue aristocrático y conservador. Con la llegada al poder de los demócratas, representados por Clisístenes, se provoca la caída del areópago. No obstante, las gentes de edad se resistieron y durante algún tiempo conservaron algún tipo de poder, aunque fue más de tipo honorífico que real.

Tenemos que volver a insistir que estamos hablando de viejos que pertenecen a una determinada clase social, eran ciudadanos, hombres libres. Fuera queda el gran ejército de los excluidos sociales, marginados por la propia historia.

En otro orden de cosas, en Grecia se establece la primera relación entre la medicina y la vejez, pues no podemos dejar de mencionar que fue Hipócrates quien formuló las primeras hipótesis médicas relativas a las causas del envejecimiento. Consideró el proceso de envejecimiento como una pérdida de calor y de humedad. El cuerpo se vuelve frío y seco. Hipócrates afirma también que cada individuo recibe al nacer cierta cantidad de energía que será consumida poco a poco a lo largo de la vida. Como quiera que la energía disponible va disminuyendo, así se produce el envejecimiento. Para Hipócrates, la vejez no constituye en sí misma una enfermedad, sino que predispone al padecimiento de enfermedades, como son la dificultad respiratoria, el catarro, la tos, los dolores de articulaciones y de riñones, el debilitamiento de la vista, el oído, etc. recomienda un régimen alimenticio moderado y el ejercicio físico.

El último escritor griego que escribió sobre la vejez fue Plutarco, quien dedicó una obra entera a esta cuestión. Su planteamiento consiste en recomendar que los ancianos no deben retirarse de la vida pública, sino permanecer participando en ella hasta el final. Plutarco reconoce que la sociedad rechaza al viejo, porque un remedio para tal rechazo es la presencia en las instituciones, aunque también reconoce los inconvenientes de la edad como es la pérdida de memoria y el humor inestable (Minois, 1987: 67-110).

En más de ocho siglos de historia, los romanos se han planteado más que los griegos el problema demográfico. El notable desarrollo del derecho ayudó, sin duda, a tomar conciencia real de la duración de la vida humana. La historia romana demuestra que existe una estrecha relación entre la condición de viejo y la estabilidad de la sociedad. Es posible que los antiguos romanos tuvieran la costumbre de desembarazarse de los viejos ahogándolos, puesto que se hablaba de enviarlos *ad pontem* y se llamaba a los senadores de *pontani*. Como en todas las sociedades, habría habido un contraste radical entre la suerte de los viejos pertenecientes a la élite y los de la masa (Beauvoir, 1983: 137).

En Roma adquiere gran importancia la figura del *pater familias*, constituyendo un rasgo esencial de la sociedad romana, cuyo poder es casi

ilimitado. El papel de las mujeres de edad es más modesto. La mater familias no goza de más derechos que sus propias hijas, según el derecho romano. Los enormes poderes que el pater familias disfrutó durante la República traen como resultado conflictos generacionales, que dan lugar a la pérdida de dicho poder durante el Imperio, donde el Senado queda reducido a mero órgano consultivo. Esta gerontocrática asamblea, tan temida o mimada por los emperadores, ya no dirige la política. Ello no quiere decir que muchos ancianos no siguieran teniendo autoridad, pero a título individual. La edad de muchos emperadores así lo conforman: Tiberio, setenta y siete años; Claudio, setenta y cuatro; Adriano, sesenta y dos; Trajano, sesenta y cuatro. Incluso durante el reinado del joven emperador Nerón su más allegado consejero fue Séneca. Más lo evidente es que la historia política romana evolucionó hacia una decadencia del poder de los ancianos.

Si acudimos a la literatura nos encontramos con una imagen lamentable. Quien con más crueldad ha escrito sobre los viejos ha sido Juvenal, que en su décima sátira dice que los viejos son todos iguales: les tiembla la voz, están calvos, decrepitos, feos, no tienen más que encías sin dientes. Juvenal concluye con una idea que nadie habría expresado hasta entonces: envejecer es ver morir a los seres queridos, es estar condenados al duelo y a la tristeza. Esta visión pesimista de la vejez no es sólo un hecho literario, ya que la desesperación provocada por el sufrimiento y la soledad hay que unirla a la influencia del estoicismo en las clases acomodadas, origen de una ola de suicidios entre los ancianos romanos.

También los poetas se ocupan de la vejez, perdiendo toda su finura y delicadeza. Ovidio es de los que ve en el tiempo y en la vejez una fuerza devastadora, pero sobre todo destaca Horacio por la indignación que siente ante la fealdad de las ancianas. El cuerpo femenino, símbolo de belleza durante la juventud se convierte en el emblema de la fealdad absoluta en la vejez, sobre todo cuando la anciana se obstina en querer inspirar amor. La vieja enamorada está condenada al desprecio y al abandono.

La obra dedicada exclusivamente a los ancianos en el mundo romano fue *De Senectute*, de Cicerón, escrita en forma de diálogo, siendo los interlocutores Catón el Viejo, de 84 años de edad, y los jóvenes amigos Escipión y Lelio. Estos últimos manifiestan a Catón la admiración que siente por la actividad que éste despliega a una edad tan avanzada. Cicerón quiere demostrar que la edad, lejos de descalificar a las personas, aumenta sus

aptitudes. La vejez, ciertamente, tiene mala fortuna, pero es por los prejuicios sociales que sobre ella se han construido. El primer estereotipo que trata es el de la vejez no produce nada, pero sin embargo las grandes cosas se realizan gracias al consejo, la autoridad y la sabiduría, atributos de la vejez. El segundo estereotipo de que la vejez hace disminuir las fuerzas físicas, lo destruye con el argumento de que las fuerzas físicas no son necesarias. El tercer reproche o estereotipo que se les atribuye es el de que en la vejez hay que renunciar a los placeres, a lo que argumenta Cicerón por boca de Catón que puede disfrutar de los placeres de la mesa, de la conversación y del estudio, estando a salvo de las pasiones y los vicios. El cuarto y último argumento están en relación con la muerte. La vejez significa el final, la muerte. Aquí Cicerón expone un extraño argumento al decir que la muerte castiga más a los jóvenes que a los viejos, la prueba es que pocos alcanzan la vejez.

1.3.- La vejez en el medievo

Dos hechos históricos fundamentales marcan el final del mundo antiguo para adentrarnos en la edad media y concretamente en el feudalismo: el triunfo del cristianismo y la invasión de los bárbaros. En relación con el trato que dieron los pueblos bárbaros a los ancianos, los datos son escasos. Pero si acudimos a la mitología encontramos una lucha entre generaciones, donde los jóvenes salen siempre beneficiados. Así ocurre en la mitología germánica y escandinava, en ambas se da un combate entre los viejos dioses y sus vástagos, venciendo los segundos.

Tampoco la historia nos ofrece muchos datos sobre los invasores bárbaros, pero al parecer entre los germanos se practicaba la eliminación de los ancianos. En la leyenda de Parsifal éste se congratula de no hacer lo que hacían los galeses, los cuales mataban a sus padres para evitarles la vergüenza de morir en la cama. Para los hérulos morir de viejo era una indignidad, lo valorado era morir en combate. César dice que los galos mataban a las gentes de edad y a los enfermos. En definitiva, en estos pueblos el hecho de ser viejo era poco valorado. Un hecho preciso muestra que al envejecer el individuo sufre una devaluación, pues la compensación pecunaria exigida por el asesinato de un hombre en la ley visigoda iba desde 60 centavos por un niño de un año, 150 por un muchacho, 300 por un hombre hasta 50 años y a 100 cuando pasa de los 65 años (Beauvoir, 1983:151).

El otro acontecimiento que hemos señalado como característica de la caída del mundo antiguo ha sido el triunfo del cristianismo. El cristianismo se nutre de la doctrina clásica, la que, como hemos visto, no se caracteriza por el buen trato hacia las personas mayores. El principal pensador cristiano de la época fue San Agustín, un hombre que dominó el pensamiento occidental. En la historia universal, Agustín distingue tres épocas: niñez, juventud y vejez, que subdivide en dos periodos cada uno. Los seis períodos que así resultan los ordena de los seis días de la creación, que yuxtapone a la historia universal. En la primera época -la niñez- se vive sin ley; en la segunda -juventud- se reciben las leyes y normas que regulan la vida; la tercera época -la vejez- abre el camino hacia la felicidad. Agustín nos habla de manera simbólica y realmente ignora la vejez, dado que la hace coincidir con la edad adulta. Para este importante pensador cristiano la vejez no existe, o bien no merece la pena tenerla en cuenta, dada su escasa relevancia social.

Otra figura importante de la época fue San Isidoro de Sevilla, quien en sus Etimologías distingue siete edades de la vida. La juventud dura de 28 a 50 años, la madurez dura hasta los 70, siendo a partir de esta edad cuando empieza la vejez propiamente dicha. Según San Isidoro en la vejez las gentes se empequeñecen y chochean.

El pensamiento cristiano de la alta Edad Media se interesa poco por la vejez, ya que la edad es ante todo un símbolo. San Juan Cristóstomo opone a la desesperación del viejo pagano, el gozo del viejo cristiano. El mismo San Agustín nos dice que lo importante no es la edad, sino la virtud, al no ser la vejez intrínsecamente perfecta no aporta necesariamente la sabiduría. El envejecimiento biológico no constituye la verdadera vejez, el verdaderamente anciano es el sabio. Gregorio Magno hablando de San Benito dice que desde la infancia su corazón era el de un anciano (Minois, 1987: 162-163).

Por otra parte, se descubre que el mundo medieval estuvo gobernado por jóvenes. Hasta los papas fueron jóvenes: Juan XII fue elegido papa a los 16 años, Benito IX a los 12, Gregorio V a los 23 años. El valor predominante fue el del hombre guerrero, si ocupaban las personas mayores puestos relevantes no lo era por la vejez, sino por otras virtudes valoradas en la época. La propia literatura del medievo lo confirma. Los héroes de las canciones de gestas son adultos o hombres muy jóvenes. El propio paraíso terrenal es presentado como el lugar de la eterna juventud. Hay muy pocas excepciones a esta visión negativa de la vejez, una de ellas la constituye Gregorio Magno

que parece haber sido quien más estima ha mostrado hacia los viejos. Un ejemplo evidente de la falta de consideración de la Iglesia con respecto a los viejos lo constituyen las normas monacales. La orden de San Benito sitúa a los monjes ancianos en la categoría de niños, siendo muy a menudo objeto de desprecio por parte de los monjes jóvenes (Minois, 1987: 175-178).

Incluso en los rituales cristianos se encuentra la supremacía de lo joven. La iglesia gira en torno a Cristo y no en torno a Dios. La Santísima Trinidad es un concepto bastante abstracto demasiado difícil de comprender. Las preferencias se centran en la relación entre el Padre y el Hijo. Aunque no se olvide totalmente al Dios-Padre -representado por un anciano-, se invoca sobre todo al hijo. La Iglesia es el Cuerpo de Cristo, con su carne y su sangre comulgan los cristianos. La moral se inspira en las enseñanzas de Cristo. Las representaciones pictóricas que de él aparecen hacen siempre referencia a la juventud: el buen pastor, un fénix, un cordero, etc. Se le presenta como un hombre de pelo rubio y rasgos jóvenes. La religión medieval es la victoria del hijo sobre el padre, victoria que se afirma cada vez más a partir del siglo XI.

Durante este periodo de exaltación de lo joven podemos encontrar alguna excepción, que quizás constituya el único caso de Europa. Los viejos tuvieron poder en Venecia. El dux era viejo. Pero desde mediados del siglo XII el poder lo encarnó el Consejo de los Cuarenta, es decir, la nobleza, quedando el dux reducido a una figura meramente decorativa y de representación de la República.

Al contrario de lo que suele creerse también dentro del entorno familiar el amor filial de los hijos hacia los padres no fue una cualidad dominante en la época. Como señala Minois las costumbres célticas y germánicas ponen legalmente un término a la autoridad del padre desde el instante en que éste llega a la incapacidad física que le hace imposible imponer su respeto. En todas partes se establece un límite a ese poder, por lo que el anciano se encuentra a merced de los que le rodean. En Irlanda es la incapacidad física la que determina la pérdida de poder, en el país de Gales es la emancipación del hijo para el servicio militar con el señor correspondiente. Es cierto que la solidaridad familiar es fuerte, pero el jefe del grupo es acogido por su popularidad, su riqueza y su fuerza, lo que excluye prácticamente a los ancianos. En el mundo germánico los que llevan armas están sometidos a la autoridad del padre, pero esta potestad cesa en el momento en que los hijos toman las armas. La ley bávara determina que el

hijo de un jefe no debía intentar reemplazar a su padre mientras éste se encuentre en plena forma, lo cual nos pone de manifiesto la existencia de conflictos generacionales y la existencia de rebeliones contra el padre debía de ser moneda corriente.

En resumidas cuentas, durante el periodo medieval, sobre todo en la primera parte -la alta Edad Media-, el anciano no se encontraba protegido en el seno familiar. Los datos que nos han facilitado los estudiosos del tema nos indican que los abuelos se encuentran silenciados y este silencio es un mal síntoma. En la alta Edad Media gran parte de los mendigos son viejos abandonados -los más pobres-, los ricos se refugiaban en los monasterios, otros eran mantenidos por sus familias, pero al no tener poder estaban condenados a vegetar esperando la llegada de la muerte (Minois, 1987: 193).

La literatura también nos confirma la situación marginal del anciano. Los héroes de las canciones de gesta son adultos jóvenes. Según El gran Propietario de todas las cosas -enciclopedia publicada de 1556- la vejez es la última etapa del ciclo vital y es penosa, ya que el anciano lo único que hace es pensar en su muerte. Se escribieron libros que se ocupaban de la vejez. A finales del siglo XIII se publica la obra *La defensa de la vejez y el rejuvenecimiento y la preservación de la juventud*; en el mundo musulmán fue Avicena quien se ocupa del tema escribiendo un tratado titulado *La fatiga y la vejez*. Cuando estos autores escriben sus tratados sobre la vejez son ya todos ellos viejos y lo hacen por la poca importancia que se le da a esta etapa de la vida.

Los cuentos y leyendas populares, como reflejo de la cultura popular, nos ofrecen una visión distinta a la de la cultura dominante, pero que con respecto a la vejez las coincidencias son más que las discrepancias. Los hermanos Grimm que realizaron la primera recopilación sistemática de cuentos familiares, proponen la siguiente interpretación de las edades del ciclo vital: Dios habría asignado 30 años de vida al hombre y a todos los animales, pero los animales pidieron que se les rebajase, así el asno viviría 18 años, el perro 12 y 10 el mono; el hombre pidió que se le aumentase hasta los 70 años. Los 30 primeros años pasan rápidos y son los suyos propios, durante los 18 del asno tiene que cargar con pesados fardos, con los 12 de perro no hace más que gruñir, con los diez del mono se vuelve un tanto raro y hace cosas extrañas que causan risa en los demás (Beauvoir, 1983: 164).

Se ha dicho que el viejo campesino de la Edad Media gozaba de buen trato familiar. Durante la baja Edad Media se hizo muy popular el cuento de la manta perdida. En él se relata cómo un anciano deja todos los bienes a su hijo para que éste los administre, más pasado un tiempo el hijo echa al padre de casa porque constituye una pesada carga. Cuando el padre se va a marchar le ordena al nieto, que presencie la escena, que traiga una manta para el abuelo. El niño cumple el recado, pero parte la manta por la mitad y le entrega media manta al anciano, diciendo que conservará la otra mitad para dársela a su padre cuando él lo eche de su casa. El final del cuento es moralizante, ya que el hijo se arrepiente y hace que el anciano vuelva a casa. Es más que posible que en la realidad no ocurriera de esa manera, sino que el abandono se llevara a efecto (Minois, 1987: 266).

1.4.- La vejez en la modernidad

Cuando hablamos de modernidad, nos estamos refiriendo al período que se inicia con el Renacimiento y el gran cambio social que se produce en relación con la actividad cultural, científica, económica y social. Somos conscientes de la polémica surgida en el seno de las ciencias sociales en torno al concepto de modernidad, ya que para algunos simplemente fue la superación del medievo, pero para otros, como Toynbee, la civilización occidental nacería a finales del siglo VII, se desarrolla hasta el siglo XI y alcanza su plenitud en el cuatrocientos, por lo que la modernidad clava sus raíces en el medievo. Pero en última instancia, se recurre a una división decisiva: la autoridad admitida sin discusión es medieval y la crítica basada en la razón es lo moderno. Sin embargo, el debate sobre la modernidad ha llegado hasta nuestros días. El sociólogo francés Alain Touraine ha dado un vuelco a la concepción imperante, ya que pone en crisis que la modernidad sea sólo el triunfo de la razón sobre los ideales comunitarios basados en las tradiciones y creencias. Precisamente la aparición del postmodernismo supone una especie de protesta por identificar modernidad y razón. Touraine hace un redescubrimiento de la modernidad volviendo a sus orígenes y nos descubre un nuevo concepto de modernidad (Touraine, 1983:309). Para el sociólogo francés la modernidad no es sólo razón, sino que junto a ella se encuentra el sujeto personal y la resistencia a la destrucción de las identidades personales y colectivas. En este sentido hablamos de modernidad, es decir, no como una periodización histórica tradicional, y ello en un momento en que el propio concepto de periodización histórica se presenta como auténticamente

problemático, ya que la concepción genealógica corre el riesgo de quedarse en las preocupaciones teóricas tradicionales acerca de la llamada historia lineal, las teorías de las etapas y la historiografía teleológica. Por consiguiente, la modernidad -y la postmodernidad- no son etapas históricas propiamente dichas, sino pautas socioculturales.

En cuanto a la vejez en los comienzos de la modernidad, los demógrafos nos informan que los ancianos aumentaron en número y que a veces adquieren el rol de patriarca. Los hijos se hacen cargo de ellos. Así sucede en Italia, donde se elige al más viejo como jefe de la familia. Igual ocurre en Navarra, donde los abuelos son agentes transmisores de los modelos culturales. Pero los casos más evidentes se observan en los artesanos, ya que al ser sabedores de las técnicas apropiadas para el trabajo de diversas materias, son respetados. También se refleja en el plano afectivo, pues la convivencia de varias generaciones trabajando en el mismo taller genera vínculos afectivos entre los abuelos y nietos. Sin embargo, por la mayor duración de la vida de los ancianos surgen conflictos intergeneracionales. Otra característica del siglo XIV es la del casamiento de una mujer joven con un hombre anciano, la cual da lugar a conflictos entre las relaciones padre-hijo. El padre muy mayor no se comunica bien con el hijo a causa de la diferencia de edad, ganando importancia el papel de la madre. Surge, igualmente, y debido a la diferencia de edad en la pareja, la figura del marido engañado, de lo que nos da cuenta la literatura de la época (Minois, 1987: 277-279).

Con respecto a la mujer, la vejez se presenta aún peor que la del varón. El renacimiento exalta la belleza del cuerpo, llegándose a la crueldad con la mujer anciana. La mitología medieval llega hasta el siglo XVI. La mujer anciana es una bruja, encarnación del mal. De hada se transforma en bruja. La literatura es un ejemplo de la condición de la mujer vieja. Fernando de Rojas que escribió una comedia humanística de enorme valor dramático, *La Celestina*, ofrece un doble plano correspondiente a las dos tendencias que se nota en la prosa de finales del siglo XV: la popular y la culta. La popular está representada fundamentalmente por la vieja Celestina, vieja alcahueta y lúbrica, mientras que la culta está representada por los jóvenes amantes Calisto y Melibea. El mismo prejuicio contra las mujeres de edad se manifiesta en Erasmo, sobre todo en su obra *El Elogio de la Locura*, donde arremete contra las mujeres viejas, que se parecen a cadáveres salidos de entre los muertos... “siempre calientes, deseando al macho y seduciendo al joven” (Minois, 1987:337).

Una obra que alcanzó gran fama en toda Europa fue *El Cortesano* de Baltasar Castiglione. Dicha obra constituye una síntesis del ideal de caballero propio del humanismo. Dentro de dicho ideal no hay cabida para la vejez, sino para la juventud. Castiglione se burla de los viejos para resaltar la belleza, la inteligencia y la fuerza del joven, aunque en su *Cortesano* Baltasar de Castiglione fija también las normas respecto que el gentilhomme debe hacia los mayores, como es el levantarse a su llegada, dejarle hablar primero, etc.

En la literatura española de la época aparecen las dos visiones contrapuestas de la vejez. En la vida del *Buscón* de Quevedo, aparece un personaje de setenta años, ama de llaves del protagonista, la cual se describe como sorda, ciega y rezadora, con evidente ánimo de descrédito. Sin embargo, el Pedro de *El Alcalde de Zalamea* es un anciano prudente y venerado.

La vejez ocupa un lugar importante en la obra poética de Ronsard. En no pocas ocasiones hace referencia a la fugacidad de la juventud: “Cogen vuestra juventud! / Como a esta flor la vejez / Hará marchitar vuestra belleza”. Fue al final de su vida cuando escribió su obra más bella, donde se reveló contra los años: “Mi dulce juventud ha pasado, / Mi primera fuerza está quebrada, / Tengo los dientes negros y la cabeza blanca, / Mis nervios están deshechos, y mis venas, / Tan frío tengo el cuerpo, están llenas / De un agua rojiza en lugar de sangre.

Muchos escritores del siglo XVI se han ocupado del papel que los viejos debieran desempeñar en la sociedad, y nos encontramos con dos excepciones a la visión negativa y desfavorable de la vejez. El humanista Tomás Moro en su obra *Utopía* propone una organización social basada en la más perfecta igualdad entre todos, en la que los ancianos ocupan un lugar importante. Igual ocurre en la *Ciudad del Sol* de Tomás de Campanella, el cual nos describe una organización comunitaria, en que los ancianos se encargarían de la formación de los jóvenes.

Montaigne, que murió a los 60 años, se interrogó sobre la vejez a partir de su propia experiencia. Se niega tanto a hablar bien de ella como a burlarse. Se opone tanto a la visión moralizadora que sobre la vejez tiene Platón y Cicerón como a la idea extendida en la Edad Media de que la vejez es la antesala de la muerte. Contra la imagen optimista de la vejez que presenta a

los viejos como prototipo de sabiduría, Montaigne acude a su propio testimonio, y mantiene que con el paso de los años tanto su cuerpo como su espíritu antes han disminuido que aumentado y más retrocedido que avanzado. Esta opinión la mantenía Montaigne con 35 años, pero es que en sus escritos tardíos sigue prefiriendo la juventud a la vejez (Beauvoir, 1983: 192-193).

En definitiva Montaigne en sus ensayos ridiculiza la vejez, aunque lo hace con gran originalidad y rigor. Debido quizás a su humanismo no condena al anciano a que se prepare para la muerte, sino que postula que el joven debe prepararse para la vida y el anciano debe disfrutar de ella. Como señala Minois, Montaigne consideraría las actuales universidades para la tercera edad como verdaderos desafueros, ya que se burla de los ancianos que se dedican a estudiar. Por el contrario, recomienda viajar a lugares lejanos y hacer turismo (Minois, 1987: 350).

La hostilidad hacia la vejez en el siglo XVI se ve reflejada en los escritores teóricos de la política. Así Maquiavelo en su obra *Sobre la primera década de Tito Livio* alaba el que las magistraturas fuesen entregadas a los hombres jóvenes que reunieran las condiciones excepcionales para el cargo, sin que la edad tuviera un peso sobresaliente. Francis Bacon en su ensayo *De la juventud y la vejez*, le reprocha a las personas mayores su incapacidad para gobernar, ya que ponen objeciones a todo, son poco emprendedores e indecisos. Con una visión distinta sobre la vejez y el gobierno se destaca Jean Bodin, quien en su obra *De la República* recurre a los ancianos por su sabiduría y buen gobernar. Sin embargo, Bacon le otorga a los ancianos el poder del consejo más que el ejecutivo. Por regla general, como sigue siendo la lógica dominante en todo el proceso histórico, los teóricos de la política prefieren a los jóvenes para gobernar (Minois, 1987: 352-354).

En los comienzos del siglo XVII hay una brillante excepción: Shakespeare escribe *El Rey Leal* cuyo personaje principal es encarnado por un anciano. Pero es quizás la única producción shakespeariana en la que el anciano sale bien parado, ya que si analizamos otras obras del mismo autor vemos reflejados en ellas los estereotipos clásicos de la vejez. Así en sus famosos Sonetos Shakespeare nos pone de manifiesto la tragedia que supone para el ser humano la pérdida de la juventud debido a los estragos que causa el transcurso del tiempo:

El tiempo desfigura el florido conjunto de la juventud y surca de paralelas la frente de la hermosura.

En la literatura española de la época, considerada como reflejo de la realidad social, la tradición contra la vejez continua en pie. En Quevedo la misoginia inspira toda su sátira contra las mujeres viejas, representadas fundamentalmente por las alcahuetas y brujas.

También en Francia los escritores del XVII se complacen por regla general de las evocaciones de la fealdad en la vejez, aunque hay alguna que otra excepción a la regla, tal es el caso del poeta Maynard, autor de un hermoso poema en el que exalta la belleza de una mujer anciana:

La belleza que te sigue desde tu primera edad al declinar tus días no quiere abandonarte.

Con los hombres hay más excepciones que con las mujeres en lo que a la vejez se refiere. Se concede al viejo un valor más alto que en las épocas precedentes. Corneille creó dos figuras de ancianos importantes con don Diego y don Horacio, e inclusive se retrata a sí mismo a través de sus poemas como un anciano enamorado, ya que a los 50 años, edad avanzada para la época, se enamoró de la marquesa de Du Parc, a la cual dedica varios poemas y sin embargo, como buen discípulo de Montaigne, no defendía que la sabiduría aumentara con la edad.

Molière se burla de los viejos sin piedad, llevando a escena las querellas de los padres con los hijos, así como la representación de casamientos entre personas con gran diferencia de edad. Hasta finales del siglo XVII abundó la literatura en la que se ponía de manifiesto la conflictividad existente entre las generaciones.

El siglo XVIII constituye un período histórico de grandes cambios políticos y económicos en Europa. La población aumenta y se rejuvenece, la vejez aparece como un fenómeno más generalizado. Ello es así gracias a una higiene mejor, a una alimentación más equilibrada, que unido a los progresos desarrollados en la medicina trae consigo una mejora en las condiciones de vida que favorece la prolongación de la existencia. Es en este período histórico cuando el capitalismo modela su estructura básica. Después de una lenta evolución y de coexistencia con formas supervivientes del sistema

feudal, el capitalismo europeo inicia su etapa de consolidación como sistema económico. Ciertamente que dicha consolidación no ocurre en paralelo en todos los países del continente europeo, ya que fue en el Reino Unido donde el capitalismo más se desarrolla en su fase industrial con el triunfo de la máquina entre los medios de producción, siendo también el país pionero en la organización de la atención social. La vida social se complica y se hace necesario recurrir frecuentemente a las facultades de inteligencia y organización, independientes de las capacidades físicas, y por lo tanto de la edad. Sin embargo, la madurez desarrolla la experiencia y estimula la reflexión, de ahí que el hombre sin edad, indiferente a la disminución de sus fuerzas, aumenta su importancia (Aries, 1971:375).

Por otra parte, el progreso de las técnicas que trajo consigo el desarrollo de la industria, el comercio y las finanzas generó una ideología productivista, polarizada en torno a la rentabilidad, el beneficio y el logro personal, que prefiere la acumulación de bienes a la acumulación de hombres, y menos de hombres viejos. Los ancianos - salvo los pertenecientes a las clases privilegiadas- se encuentran en una situación particularmente crítica.

Tampoco los autores del siglo XVIII escapan a la influencia de una época y así lo reflejan en sus obras. El italiano Carlos Goldoni nos presenta en sus comedias el viejo grotesco y tirano causante de los conflictos familiares. Sin embargo, es Jonathan Stiwft el que presenta el más feroz retrato de la vejez. En su *Gulliver* dice Stiwft que los viejos tienen la desgracia de ser extranjeros en su propio país. Esta afirmación es realmente cruel, ya que antes el tiempo giraba sobre sí mismo y el viejo se degradaba en el seno de un universo inmutable, mientras que ahora el viejo queda estancado en un mundo en constante cambio, que rejuvenece sin cesar. Incapaz de asumir esta evolución, se queda solo, aislado de todo lo que le rodea. La comunicación con las generaciones jóvenes queda cortada. La vejez no es, pues, sólo decrepitud, sino también la soledad del exilio en su propio país (Beauvoir, 1983:231).

Durante el siglo XIX las transformaciones sociales y cambios que se producen tienen considerable influencia en la situación de los ancianos y en la propia concepción que la sociedad tiene de los mismos. El avance de la tecnología sanitaria condujo a un aumento importante de la población, pasando la población europea de tener 187 millones en 1800 a 266 años más tarde y a 300 millones de habitantes en 1879.

La longevidad aumenta durante el siglo XIX, si bien es cierto que este fenómeno tiene mayor incidencia en las clases adineradas que en el naciente proletariado industrial, ya que las condiciones de trabajo de los menos favorecidos con especialmente duras y los obreros morían prematuramente. Se tienen noticias de la presencia de los abuelos en el domicilio familiar, dándose más su presencia en el medio rural que en el urbano, donde la solidaridad intergeneracional tiende a disolverse, y el ingreso en el asilo es una cruda realidad para los ancianos desamparados. Sin embargo, en la clase burguesa los abuelos tienen una intervención en la familia más o menos acentuada. La pintura costumbrista de la época nos presenta cuadros donde abundan las escenas de familias con los abuelos en el centro. Constituyen la base de la memoria familiar. Se estima al abuelo -sobre todo a la abuela a causa de la longevidad femenina y porque se casaban jóvenes- como poseedor de la memoria y genealogía familiar, transmisores de los saberes y tradiciones. El anciano adinerado solía conservar la autoridad, sin embargo cuando la decrepitud física hacía su aparición y carecía de las fuerzas suficientes para seguir al frente de sus negocios o tierras, quedaba a merced de los hijos y en ocasiones eran también abandonados a su suerte en algún asilo. Pero los obreros viejos no corren, evidentemente, la misma suerte que los venerables ancianos burgueses. Los viejos privilegiados no pensaban en sí mismos como viejos, sino como hombres de peso y experiencia; sin embargo, los viejos de la clase trabajadora eran viejos y nada más, que nunca merecieron atenciones especiales, por parte de los viejos en cuyas empresas trabajaron. No existió ni por asomo lo que podría denominarse como solidaridad de edad (Alba, 1992:75). Los viejos obreros quedaban reducidos a la indigencia, dedicándose al vagabundeo y situados en lo más bajo de la escala social. Como consecuencia lógica de esta situación, los trabajadores se organizan y aparecen los primeros sindicatos, como reflejo del incipiente movimiento obrero, que piden una sociedad libre de todo conflicto político, social y económico, considerando como un derecho cívico las pensiones para los ancianos. Si bien los precursores teóricos aparecen en Francia, las organizaciones obreras florecen en el Reino Unido y las bases prácticas las puso Otto Bismark, y no lo hace por una especial bondad hacia las masas populares, sino para hacer frente a las ideas y organizaciones inspiradas en el socialismo. A partir de este momento, como consecuencia de la lucha obrera, los seguros de desempleo, enfermedad y vejez, empiezan a extenderse paulatina pero inexorablemente por el resto de los países. Se han sentado las bases de los llamados estados de bienestar.

2.- EL ENVEJECIMIENTO DE LA POBLACIÓN EN EL MUNDO ACTUAL

El envejecimiento de la población se ha convertido en el protagonista de nuestro tiempo. Uno de los aspectos más significativos de la evolución de la población mundial es y va seguir siendo en los próximos años el envejecimiento de la misma. Tuvieron que pasar varios milenios para que la población mundial alcanzase a principios del siglo XIX la cifra de mil millones de habitantes. En cambio, en menos de un siglo esta cifra se triplicó, pasando de 1.500 millones en 1.900 a 4.700 millones en 1.983. Actualmente la población mundial ha superado los seis mil millones de habitantes. Según los cálculos realizados por la ONU para el año 2.025 la población mundial alcanzará 8.500 millones. Para entonces el 84 % de esos 8.500 millones corresponderán al tercer mundo. Una explosión demográfica de tal magnitud va a plantear por sí misma una serie de problemas de muy difícil solución en todos los países. La población va creciendo constantemente y es posible que lo siga haciendo durante el siglo XXI, ya que se espera que la población mundial complete la transición demográfica, es decir, que deje de aumentar hacia el año 2.200. Pero dentro de ella el número de ancianos es cada vez más importante. En todos los países la proporción de personas que tienen más de 60 años está creciendo con más rapidez que ningún otro grupo de edad, debido al descenso de la tasa de fecundidad y al aumento de la longevidad, el llamado “envejecimiento del envejecimiento”. España no constituye una excepción en esta norma generalizada, aunque tiene peculiaridades específicas con el resto de los países europeos, que consiste en la rapidez del crecimiento (en treinta años se ha duplicado el número de mayores). Sin embargo en los próximos años habrá una relentización del proceso de envejecimiento al llegar al umbral de los 65 años las cohortes nacidos en la guerra civil, pero se activará el crecimiento a partir de los años veinte del siglo XXI con la llegada de las generaciones del “baby-boom” (Abellán, 2.002). En el año 1.999 había en España 40.202.160 habitantes, de los cuales un 16,2 % tenía más de 65 años, lo que supone algo más de seis millones y medio de personas. El envejecimiento en España puede decirse que es debido a que llagan más supervivientes a la edad de 65 años y porque hay menos jóvenes como consecuencia de la fuerte caída de la fecundidad, lo que hace subir el peso proporcional de los mayores en el conjunto de la población.

3.- LAS NUEVAS POLÍTICAS SOCIALES PARA LOS MAYORES

Los estados de bienestar se consolidan a lo largo del siglo XX, sobre todo a partir de la segunda guerra mundial, pero es en la década de los años sesenta cuando empieza a plantearse la necesidad de llevar a cabo políticas sociales a favor de las personas de la tercera edad. El término política social tiene su origen en Francia en 1.961, año en que se formó una comisión para el estudio de los problemas de la vejez, que fue presidida por Pierre Laroque. La intención de esta comisión era redactar un informe para establecer las directrices de una política de vejez para veinte años.

La idea de una política social indica un interés y una preocupación por el bienestar de los ciudadanos. Esta idea exige, pues, la mejora de una situación considerada como mala o al menos defectuosa, la obligación de los poderes públicos de mejorarla y la elaboración de un plan de actuación con determinación de los objetivos concretos que se persiguen. En relación con la vejez nace del sentimiento de que las condiciones de vida de los ancianos no responden a sus necesidades ni a sus aspiraciones. El informe Laroque, pionero en la materia, señala la necesidad de inventar un modelo de vejez activa y autónoma, integrada en su marco natural de vida. No se trata simplemente de unas mejoras económicas, de la asistencia sanitaria o de la asistencia social, sino de tener una visión global de la situación de los ancianos, proponiendo un nuevo modelo de intervención integral, en el que se introduzcan servicios a domicilio, clubs de ancianos y hasta universidades para la tercera edad.

La política social para la tercera edad, a partir de los años sesenta, se ha ido desarrollando a distinto ritmo en función de las peculiaridades de cada país. Hoy los países están todavía más preocupados por los ancianos y por la satisfacción de sus necesidades, debido a que además de la aparición de éstos como un grupo numéricamente importante y un grupo con necesidades y problemas en aumento, los ancianos se están empezando a organizar en muchos lugares como grupos políticos independientes (Kahn, 1.987:325).

Tradicionalmente la atención a las personas mayores se ha estructurado en torno a la asistencia sanitaria y los servicios sociales, pero el eje fundamental estaba constituido por la asistencia médica. Se partía de la

base de que existían unas redes informales de apoyo familiar, actuando los servicios sociales cuando las redes familiares fallaban. En la mayoría de los países europeos los servicios sociales y sanitarios conformaron dos sistemas independientes, aunque existen lazos de coordinación, más o menos eficaces, entre ambos. Por otra parte, no existen grandes diferencias en cuanto a la concepción que cada país tiene de la política social para la tercera edad, siendo casi completamente uniformes en la mayoría de los países europeos. Las diferencias se presentan a la hora de la ejecución, ya que unos dedican más recursos que otros a tal cometido.

En cuanto a las políticas de alojamiento existe una idea común que considera que el anciano debe permanecer en su propio medio siempre que sea posible. Este tipo de respuesta a la situación del anciano es más humana y menos costosa que la institucionalización. Hasta la aparición de esta idea de mantenimiento del anciano en su entorno, la respuesta era el alojamiento colectivo, desarrollándose distintos modelos.

Sin embargo, este intento de mantener a las personas ancianas en su medio, se está encontrando con problemas. El aumento de personas de edad avanzada o con problemas de invalidez implica que deben ser internadas. Para evitar el alejamiento de su medio habitual de vida, algunos países han optado por la creación de complejos equipados con diferentes tipos de estructuras, de forma que permita a las personas que van perdiendo autonomía cambiar de establecimiento dentro del mismo complejo. En general, en casi toda Europa se tiende a la implantación de un sistema de alojamiento evolutivo, para poder dar respuesta a las diversas gamas de necesidades que vayan surgiendo en el proceso de envejecimiento (Guillemard, 1.992:35-60).

En la década de los ochenta, sobre todo a partir de la celebración de la Asamblea Mundial sobre Envejecimiento de 1.982, el objetivo de las políticas sociales europeas para la tercera edad ha sido -y sigue siendo actualmente- el de seguir alentando la independencia y la integración de las personas mayores dentro de la comunidad. Como señala Kraan, a lo largo de los últimos años ha entrado a formar parte del vocabulario de los profesionales de los servicios sociales la expresión innovación social. Con ello se ha querido indicar que van apareciendo constantemente nuevas formas de organizar los servicios sociales para la tercera edad. Entre las innovaciones aparecidas podemos citar la extensión de la ayuda domiciliaria, con la

distribución de comidas calientes (comidas sobre ruedas); sistemas de alarma, teleasistencia, ayudas para bañarse, actividades socioculturales, centros de atención diurna, de estancias cortas, etc. (Kraan, 1.993: 149-156).

Las nuevas políticas sociales quieren hacer del envejecimiento una experiencia positiva, a la que se denomina como envejecimiento activo, proceso por el cual se optimizan las oportunidades de bienestar físico, social y mental durante toda la vida con el objetivo de ampliar la esperanza de vida saludable, la productividad y la calidad de vida en la vejez. Sin dejar de lado esta visión optimista de la vejez -buena y necesaria-, el gran problema que nos va a traer -que nos ha traído ya- el actual proceso de envejecimiento demográfico es el del aumento del número de ancianos que en los años finales de su vida necesitan de ayuda para desenvolverse en las actividades de la vida diaria. En España se estima que existen 2.300.000 ancianos que necesitan ayuda de otra persona para desenvolverse en sus actividades cotidianas (Casado, 2001). Este ha sido el gran reto que se ha afrontado en la Segunda Asamblea Mundial del Envejecimiento celebrada en abril del presente año en Madrid.

Si bien la dependencia no es una consecuencia inevitable del envejecimiento, no es menos cierto que en edades avanzadas el riesgo de sufrir discapacidad se hace evidente. Hasta ahora a esta necesidad de atención a las personas mayores se le ha dado respuesta a través de la familia, fundamentalmente las hijas, pero la sociedad demanda una respuesta social a este fenómeno dado que la oferta del sistema público está lejos de la demanda actual. Pero como quiera que en este caso se mezclan los problemas sanitarios con los sociales, hay que ir hacia una atención integrada de carácter sociosanitario.

Como venimos manteniendo, las nuevas políticas sociales para la tercera edad están centradas desde hace más de una década en el mantenimiento de los ancianos en su medio habitual de vida, habiendo aparecido una serie de nuevas ideas: diversificación de nuevas formas de intervención sin financiación pública, la atención de las personas mayores a través de las redes familiares, vecinales y por parte del voluntariado, lo que, a nuestro juicio, supone un retroceso en la profesionalización de los servicios sociales. Es importante destacar la privatización de los servicios, con una característica añadida, ya que era tradicional la participación del sector privado en la gestión de los servicios sociales, pero su intervención en la

acción social lo hacía sin ánimo de lucro, sin embargo la novedad actual estriba en la aparición de un sector privado comercial con ánimo lucrativo. Ha llegado la crisis del estado de bienestar -con la apuesta en entredicho de las prestaciones sociales en general y las pensiones en particular- sustituido por el “mercado total”, todo se compra y todo se vende. Con base en estas nuevas ideas que circulan por el mundo como fundamentos para la organización de la atención social de las personas mayores, se han desarrollado en los diversos países programas de actuación basados en esta nueva filosofía, que no es otra que el pensamiento neoliberal aplicado a la atención social de los mayores.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABELLÁN, A. (2002): Envejecer en España, Madrid, Ministerio de Trabajo y Asuntos Sociales.
- ALBA, V. (1992): Historia social de la vejez, Barcelona, Lahertes.
- ARIES, F. (1971): Historie des populations francaisse, París, Sevil.
- BARASH, D. (1986): El envejecimiento, Barcelona, Salvat.
- BEAUVOIR, S. (1983): La vejez, Barcelona, Edhasa.
- BIRKECT-SMITH, (1983): Los esquimales, Barcelona, Labor.
- CARRASCO, P. (1985): América indígena, Madrid, Alianza.
- CASADO, D. (2001): Vejez, dependencia y cuidados de larga duración en España, Barcelona, Fundación La Caixa.
- FERICGLAS, J. (2002): Envejecer, Barcelona, Herder.
- FIRTH, R. (1971): Elementos de antropología social, Buenos Aires, Amorrortur.
- FRAZER, J.G. (1991): La rama dorada, México, F.C.E.
- KAHN, A. (1987): El sexto sistema de protección social, Madrid, Siglo XXI.
- KLIMA, J. (1983): Sociedad y cultura en la antigua Mesopotamia, Madrid, Akal.
- KRAAN, R. (1993): La atención a las personas mayores, Madrid, Inerser.
- LEWELLEN, C. (1985): Introducción a la antropología política, Barcelona, Ballatera.
- LLOBERA, A. (1979): Antropología política, Barcelona, Anagrama.
- MALINOWSKI, B. (1963): Estudios de psicología primitiva, Buenos Aires, Paidós.
- MAUS, M. (1970): Lo sagrado y lo profano, Barcelona, Barral.
- MINOIS, G. (1987): Historia de la vejez, Madrid, Narcea.
- SAN ROMÁN, M.T. (1990): Vejez y cultura, Barcelona, Fundación Caja de Pensiones.
- SANCHEZ CARO (1982): La vejez y sus mitos, Barcelona, Salvat.
- SIMMONS, L. (1945): The role of the aged in primitive society, New Haven, Yale University Press.
- TOURAINÉ, A. (1993): Crítica de la modernidad, Madrid, Temas de hoy.

INDICE

Preámbulo	1
1.- Proceso histórico de la vejez	3
1.1.- La vejez en las organizaciones preindustriales	3
1.2.- La vejez en la antigüedad clásica	11
1.3.- La vejez en el medievo	15
1.4.- La vejez en la modernidad	19
2.- El envejecimiento de la población en el mundo actual	29
3.- Las nuevas políticas sociales para las personas mayores	31
Referencias bibliográficas	35



UNIVERSIDAD
PABLO DE OLAVIDE
S E V I L L A